

Ninguno de ellos dirigió la palabra ni acusó al pueblo; leyeron su juicio en la actitud sorprendente de la multitud. Robespierre subió con paso firme las gradas del cadalso. Antes de soltar la cuchilla, los verdugos le arrancaron el vendaje que envolvía su barba, para que el lienzo no mellase el filo del hacha, lo que le hizo dar un rugido de dolor físico, que se oyó en el otro extremo de la plaza de la Revolución. La multitud calló y un golpe sordo de la cuchilla, dividió del tronco la cabeza de Robespierre. Una larga respiración de la multitud, seguida de un inmenso aplauso sucedió al golpe fatal.

Saint-Just apareció entonces en pie encima del cadalso: alto, delgado, inclinada la cabeza, con los brazos atados y con los pies sobre la sangre de Robespierre, dibujábase como un fantasma á través de un cielo alumbrado con los últimos crepúsculos de la tarde. Murió sin desplegar los labios, llevándose su aceptación ó su protesta interior respecto á su muerte. Tenia veinte y seis años y dos días.

Pusieron los veinte y dos cuerpos mezclados en un mismo carro, y con ellos el cadáver de Lebas.

XV.

Algunas semanas despues, una muger jóven, vestida como una lavandera y llevando un niño de seis meses en los brazos se presentó en la casa de huéspedes que habitó Saint-Just y pidió que la dejasen hablar en secreto con la hija del dueño de la casa. La forastera era la viuda de Lebas, hija de Duplay. Despues del suicidio de su marido, del suplicio de su padre, del asesinato de su madre y de la prision de sus hermanas, madama Lebas cambió de apellido, se vistió como muger del pueblo y ganaba su vida y la de su hijo, lavando ropa en los bar-

cos que sirven para este uso en el rio. Algunos republicanos perseguidos eran los únicos que sabian este cambio, y se admiraban de su valor. No le quedaba ni herencia ni vestigios, ni aun el retrato de su marido. Adoraba en silencio su recuerdo.

La jóven fugitiva, supo que la patrona de Saint-Just, pintora de profesion, poseia un retrato del discípulo de Robespierre, el cual habia pintado antes de que lo llevarsen al suplicio. Descaba ardientemente poseer aquella pintura, que al menos la recordaria á su marido en la imagen del jóven republicano, colega y amigo el mas querido de Lebas. La jóven artista reducida á la indigencia por la prision de su propio padre, perseguido como patron de Saint-Just, pidió seis luises por su trabajo. Madama Lebas no poseia esta suma. No habia salvado del secuestro sino un cofre de vestidos, alguna ropa blanca y los trages de novia, que era su única fortuna. Le ofreció aquel cofre con todo lo que contenia por precio del retrato. El pacto quedó concluido, y la pobre viuda llevó por la noche sus ropas, y adquirió á tanta costa aquel tesoro. Asi se ha conservado por el amor conyugal para la posteridad, la única imagen de aquel jóven revolucionario, bello, fantástico, sombrío como una teoría, pensativo como un sistema y triste como un presentimiento. Aquella pintura es mas bien el retrato de una idea que el de un hombre, se parece á un sueño de la república de Dracon.

XVI.

Tal fué el fin de Robespierre y de su partido, sorprendido y sacrificado en la obra que meditaba para hacer entrar al terror en la ley, á la revolución en el orden y á la república en la unidad. Destruído por hombres unos peores y otros mejores que él, tuvo la gran desgra-

cia de morir el mismo día que finalizó el terror, acumulando sobre su nombre, hasta la sangre de los suplicios que quería evitar y las maldiciones de las víctimas que quiso salvar. Su muerte fué la fecha y no la causa de la terminación del terror: los suplicios hubieran cesado con su triunfo, así como cesaron con su suplicio. La justicia divina deshonra así su arrepentimiento y hacia inútiles sus buenas intenciones, ofreciendo en su tumba un abismo sin fondo, y en su memoria un enigma de cuya resolución se estremece la historia, temblando pronunciar sobre él, temiendo igualmente de hacerle una injusticia si le diese el nombre de crimen, ó de horrorizarse si le diese el de virtud. Para que el historiador sea justo é instructivo, es necesario que asocie atrevidamente estas dos palabras, que repugnan ir juntas, y que componga con ellas una expresión completa, ó mas bien es necesario que renuncie á la calificación de lo que no se puede definir. Aquel hombre fué y quedará sin definición.

Hubo un designio en su vida y aquel designio fué grande; el reinado de la razón por la democracia. Hubo en él un móvil y aquel móvil fué divino; la sed de la verdad y de la justicia en las leyes. Hubo una acción y aquella acción fué meritoria; el combate á muerte contra los vicios, la mentira y el despotismo. Hubo un sacrificio y aquel sacrificio fué constante, absoluto, como un sacrificio heroico; fué el sacrificio de sí mismo, de su juventud, de su descanso, de su dicha, de su ambición, de su vida y de la memoria de su obra. En fin, hubo un medio y aquel medio fué alternativamente ó legítimo ó execrable: la popularidad. Halaga al pueblo en su parte inexorable; exagera las sospechas, suscita la envidia, provoca la ira, envenena la venganza y abre las venas al cuerpo social para curar sus males, pero deja que salga de ellas la sangre pura ó impura siéndole todo indiferente, y sin interponerse entre los verdugos y las víctimas. No quiso el mal sino que lo aceptó: hizo caer por creerlo

necesario en su posición, las cabezas del rey, de la reina y de su inocente hermana. Cedió á la misma pretendida necesidad la cabeza de Vergniaud y al miedo á la dominación la de Danton.

Permitió que su nombre sirviese durante diez y ocho meses de enseña al cadalso y de justificación á la muerte. Esperó rescatar despues lo que es imposible: el crimen actual por la santidad de las futuras instituciones. Se embriagó con la perspectiva de una felicidad pública, mientras que la Francia palpitaba en el patíbulo. Tuvo el vértigo de la humanidad: quiso estirpar con el hierro todas las malas raíces del suelo social, y se abrogó los derechos de la Providencia porque tuvo el sentimiento y la concepción de su imaginación. Se puso en el lugar de Dios, queriendo ser el genio creador ó exterminador de la revolución. Olvidó que si cada hombre se diviniza á sí mismo no quedaria al fin sino uno solo en el globo, y que el último de los hombres seria el asesino de todos los demas. Manchó con sangre las mas puras doctrinas de la filosofía, inspirando al porvenir el espanto del reinado del pueblo, la repugnancia á la institución de la república y la duda sobre la libertad. Cayó, en fin, en su primera lucha contra el terror, por que no conquistó resistiéndole desde un principio el derecho y la fuerza de dominarlo. Sus principios fueron estériles y condenados como sus proseripciones y murió esclamando con el desaliento de Bruto: «¡La república perece conmigo!» En aquel momento era en efecto el alma de la república que desaparecia con su último suspiro. Si Robespierre se hubiera conservado puro y sin conceder nada á los estravíos de los demagogos, hasta aquella crisis de cansancio y de remordimientos, la república hubiera permanecido, rejuvenecido y triunfado con él. Aquella buscó un regulador, y él no la presentó sino un cómplice, preparándola un Cromwell.

La extrema desgracia de Robespierre al morir no fué

la de perecer y arrastrar á la república consigo, sino la de no legar á la democracia en la memoria del hombre que habia querido personificarla con la mejor buena fé, una de aquellas figuras puras, radiantes é inmortales que vengan una causa del abandono de la suerte y que protestan contra aquella ruina, por la admiracion sin repugnancia y sin reserva, que inspiran á la posteridad. La república necesitaba de un *Caton de Utica* en el martirologio de sus fundadores: Robespierre no la dejó sino un *Mario*, á escepcion de la espada. La democracia tenia necesidad de una gloria que resplandeciese para siempre con un nombre desde su cuna y Robespierre no la recordaba sino su gran constancia, su gran incorruptibilidad y grandes remordimientos. Este fué el castigo del hombre, el del pueblo, el de la época y aun el del porvenir. Una causa no es frecuentemente sino el nombre de una persona. La causa de la democracia no debia ser condenada á encubrir ó á justificar el suyo. El tipo de la democracia debe ser magnánimo, generoso, clemente, é incontestable como la verdad.

XVII.

Con Robespierre y Saint-Just concluyó el gran periodo de la república, y la segunda raza de los revolucionarios principió entonces. La república desciende desde la tragedia á la intriga, desde el espiritualismo á la ambicion, del fanatismo á la codicia. En el momento en que todo se achica, detengámonos á contemplar lo que fué tan grande.

La revolucion no habia durado mas que cinco años. Aquellos cinco años fueron cinco siglos para la Francia. Tal vez no ha sucedido jamás en el mundo desde la encarnacion de la idea cristiana, que en tan corto espacio de tiempo haya habido semejante erupcion de ideas, de

hombres, de naturalezas, de caracteres, de géneos, de talentos, de catástrofes, de crímenes y de virtudes como hubo durante aquella elaboracion convulsiva del porvenir social y político de lo que se llama la Francia. Ni el siglo de César y de Octavio en Roma, ni el de Carlo-Magno en las Galias y en la Germania, ni el de Pericles en Atenas, ni el de Leon X en Italia, ni el de Luis XIV en Francia, ni el de Cromwell en Inglaterra. Parecia que la tierra, trabajando para engendrar el orden progresivo de las sociedades, hacia un esfuerzo de fecundidad comparable á la energética obra de regeneracion, que la Providencia quiere cumplir. Los hombres nacieron como unas personificaciones instantáneas de las cosas que debían pensarse, decirse ó hacerse. Voltaire personifica el buen sentido; Juan Jacobo Rousseau lo ideal; Condorcet el cálculo; Mirabeau el rayo; Vergniaud la impetuosidad; Danton la audacia; Marat el furor; Mad. Roland el entusiasmo; Carlota Corday la venganza; Robespierre la utopia, y Saint-Just el fanatismo de la revolucion. Detrás de ellos los hombres secundarios de cada uno de estos grupos, forman un haz que la revolucion separa despues de haberlos reunido rompiendo uno á uno todos sus tallos como si fuesen unas herramientas inútiles. La luz brilla á la vez en todos los puntos del horizonte; las tinieblas se disipan, las preocupaciones huyen, las conciencias se emancipan, las tiranías tiemblan, los pueblos se levantan, y los tronos se desploman. La Europa intimidada trata de herir, y herida ella misma retrocede para mirar desde lejos aquel gran espectáculo. Aquel combate á muerte por la causa de la razon humana, es mil veces mas glorioso que las victorias de los ejércitos que le suceden. Conquistó para el mundo verdades impercederas en vez de conquistar á una nacion precarios aumentos de provincias. Ensanchó el dominio del hombre en vez de ensanchar los límites del territorio. Tuvo el martirio á gloria, y la virtud fué su única ambicion. Es glorioso

pertenecer á una raza de hombres á quienes la Providencia ha permitido concebir semejantes ideas, y ser hijo de un siglo que ha dado impulso á tales movimientos del espíritu humano. ¡Glorificase con ellos Francia por su inteligencia, por su representacion, por su alma y por su sangre! Las cabezas de aquellos hombres cayeron una á una, las unas justa, las otras injustamente, pero todas caen trabajando. Se acusa y se absuelve, se llora ó se maldice. Los individuos son inocentes ó culpables, interesantes ú odiosos, víctimas ó verdugos. La acciones grande y la idea se eleva sobre sus instrumentos como la causa siempre pura sobre los horrores de un campo de batalla. Por espacio de cinco años, la revolucion no fué mas que un vasto cementerio. Sobre la tumba de aquellas victimas está escrita una palabra que las caracteriza. En una *filosofía*, en otra *elocuencia*, en esta *genio*, en aquella *valor*, aquí *crimen*, y allí *virtud*; pero en todas está escrito ademas; *Muerte para el porvenir y Trabajador de la humanidad*.

XVIII.

Una nacion debe llorar sus muertos sin duda, y no consolarse de una sola cabeza injustamente sacrificada, pero no debe sentir su sangre cuando ha corrido para hacer salir de ella verdades eternas. Dios ha puesto este precio á la germinacion y al desarrollo de sus designios sobre el hombre. Las ideas vegetan con sangre humana. Las revelaciones descienden de los patibulos. Todas las religiones se divinizan por los mártires. Perdonémos, pues, hijos de los combatientes y de las victimas. Reconciliémos sobre sus sepulcros, para continuar su interrumpida obra. El crimen lo ha perdido todo mezclándose entre las filas de la república. Combatir no es sacri-

ficar. Separemos el crimen de la causa del pueblo, como un arma que le hiere la mano y que ha cambiado la libertad en despotismo; no tratemos de justificar al cadalso por la patria, y las proscripciones por la libertad; no endurezcamos el alma del siglo con los sofismas de la energía revolucionaria; dejemos su corazon á la humanidad, este es el mas seguro y el mas infalible de sus principios, y resignémos á la condicion de las cosas humanas. La historia de la revolucion es gloriosa y triste como el dia que sigue á una victoria y como la vispera de un combate. Pero si esta historia está cubierta de luto, está llena sobre todo de buena fé. Se asemeja á un drama antiguo, en el cual, mientras el actor principal hace la relacion, el coro del pueblo canta la gloria, llora las victimas, y eleva un himno de consuelo y de esperanza hácia Dios.